

Confieso que he... leído. Lo (peor) mejor del género policial, según Roberto Bolaño

*Alberto Bejarano**

Universidad Externado de Colombia

“Soy mucho más feliz leyendo que escribiendo”

R. Bolaño

La publicación de dos libros póstumos de Roberto Bolaño en 2007, *El secreto del mal* y *La Universidad desconocida*, sumados al libro *Entre paréntesis* (2004) nos permitieron conocer algunos rasgos de su intimidad creativa. Son libros de concepción disímil, donde se juntan cuentos breves, con entrevistas y notas de lectura y escritura que hacían parte de la cotidianidad del escritor. Desde allí, especialmente desde *El secreto del mal* queremos pensar la relación de Bolaño con el género policial, buscando pistas de lectura “introspectiva” y en algunos casos de “literatura gris” que Bolaño no pensaba publicar y que delatan una faceta “menor” de su obra, más no de su personalidad creativa. Bolaño siempre bebió de la tradición policíaca para nutrir su obra. Prueba de ello es, por ejemplo, para sólo citar algunos casos: su

* Magíster en filosofía de la Universidad París 8, docente e investigador en la Universidad Externado de Colombia (Bogotá). Contacto: otrasinquisiciones@hotmail.com

novela *Monsieur Pain*, inspirada en los cuentos de Poe, “Revelación Mesmérica” y “El caso del señor Valdemar”, o su colección de cuentos *Llamadas telefónicas* que demuestra el interés de Bolaño por la literatura norteamericana (clásicos como Faulkner y Chandler, y autores “menores” como Kennedy Toole) y, por supuesto, su novela cumbre, *Los detectives salvajes*, que tanto le debe, de manera (in)directa a la novela de Perec *La vida: instrucciones de uso*. En *El secreto del mal* persisten estas y otras influencias policíacas de manera solapada en la mayoría de casos. Nuestro propósito es, en ese sentido, develar algunas prácticas de (re)escritura de Bolaño alrededor del género policial y el relato breve. Para ello, es necesario primero encontrar al Bolaño-lector. Es indispensable, en ese sentido seguir el consejo de Piglia:

Para poder definir al lector, diría Macedonio Fernández, primero hay que saber encontrarlo. Es decir, nombrarlo, individualizarlo, contar su historia. La literatura hace eso: le da al lector, un nombre y una historia, lo sustrae de la práctica múltiple y anónima, lo hace visible en un contexto preciso, lo integra en una narración particular. (Piglia, 2005, 25)

Bolaño lector de relatos policiales

Roberto adoraba su biblioteca. La tenía muy ordenada. Dedicaba mucho tiempo a poner sus libros y sus autores tal como a él le gustaban. Explicaba que le gustaba tocar los libros, los sacaba, los tocaba, los abría, hojeaba, los volvía a dejar. Era capaz de mover dos o tres estanterías por colocar el libro que había salido en el lugar que él creía. Ordenaba los autores por afinidades personales. Tenía Borges, Marías, Vila-Matas. Además de por lenguas y por autores, los agrupaba por afinidades. Ponía los que le caían bien en un lado con los que más le gustaban (Haasnoot, 2008)

Tal como lo señala Diego Trelles, el género policial ha tenido que ganarse un lugar en América Latina. Si bien es cierto, con autores como Arlt, Borges o Bioy Casares (para sólo citar algunos nombres) el género se desarrolló y popularizó ampliamente, hay que tener en cuenta que la literatura latinoamericana no se ha caracterizado por una prolífica producción en el género. Según Trelles:

A pesar de su gran popularidad y su creciente prestigio en los círculos académicos, la literatura policial que arribó a Latinoamérica en el último cuarto del siglo XIX [...] nunca dejó de ser percibida tanto por los lectores, como por sus futuros cultores, como un género incompatible con las realidades de los países latinoamericanos y, por lo mismo, como un producto importado. (Trelles, 2006, 80)

En este escrito quiero incursionar en el Bolaño lector, en la Biblioteca personal de Bolaño. Quizá si él hubiera tenido más tiempo, nos habría legado una colección

de autores favoritos, como la que hizo Borges. No pudo ser. Tenemos por ahora sólo los fragmentos y los esbozos de los tres libros ya mencionados, y tal vez en un par de años, podamos leer (parte) de su correspondencia. Ojala pudiéramos tener en nuestras manos un libro, como el de Onneti, *Confesiones de un lector*. Aunque Bolaño no lo escribió, seguramente estas palabras de Onneti hubieran calado hondo en él: “Hace poco, Matilde Urrutia me confirmó que cada vez que Neruda salía de viaje ella le preparaba una maleta con novelas policiales” (Onneti, 1995: 33). A lo mejor Bolaño leyó este libro de Onneti y eso lo llevó a “reconciliarse” con Neruda y a tener su obra completa en su Biblioteca. En todo caso, me imagino a Bolaño empacando su maleta (Bolaño fue casi siempre un nómada) y guardando sus novelas policíacas. Compartiendo estrechamente esta suerte de mandamiento del lector profesada por Onneti: “Confieso que tengo poco de lector selectivo; leo todo lo que cae en mi casa y me interesa. Aquí coincido con Neruda (ya que no puedo hacerlo en forma más alta) y mi ‘cultura’ en novelas y cuentos policiales, policíacos o detectivescos es bastante respetable” (Onneti, 1995: 34).

Esta idea, la de la no-selectividad de las lecturas, la confirma, para el caso de Bolaño, el escritor español Enrique Vila-Matas, quien como Bolaño ha sido prolífico con (en) la intertextualidad:

A Bolaño le gustaban cosas que a primera vista a mi me parecían malísimas. Pensaba, pero cómo le puede interesar esto. Pero luego me quedó grabada una cosa que me dijo. Participó de jurado en un concurso literario y me dijo que lo mejor era la obra de autores que no habían escrito nunca y que no sabían escribir y que sin embargo tenían cosas que contar muy interesantes. Mientras que los escritores más profesionales, tenían muy poco que contar. Y eso nunca lo había oído y me hizo reflexionar. Porque es cierto que mucha gente tiene una historia que contar, la suya propia, la de su vida. Y el problema está en que literariamente no la saben escribir. Pero claro, eso hacía que él encontrara precisamente en obras muy malas, cosas profundísimamente interesantes, pues todas servían por otro lado. Y en ese sentido, era una lección de lectura. Y de hecho me identifico con él en esto pues yo sé que de cualquier libro siempre va a haber algo que me pueda interesar. Por muy mal que sea. Salvo si ya nos situamos en terrenos tipo Isabel Allende o Paulo Coelho que yo creo que ahí no puedo encontrar nada porque me niego a leerlos. Pero en cualquier libro, de alguien, de un escritor anónimo, que está empezando, es decir, creo que ahí tarde o temprano voy a dar con algo que me va incluso a interesar para mi propia escritura (Vila- Matas, en Haasnoot, 2008).

Vila-Matas se refiere a “una lección de lectura”. Rastreemos un poco esa afirmación. Para Bolaño, gran crítico del género de las “autobiografías”, siempre fue algo innecesario realizar un ejercicio de “vanidad intelectual” para los otros. Deploró

siempre la conducta de escritores como el último García Márquez y Octavio Paz. A ese respecto, cuando le preguntaron a Bolaño por sus lecturas, dijo que sólo le interesaba un tipo de “autobiografía”: “Las únicas autobiografías interesantes son las de los grandes policías o las de los grandes asesinos, porque de alguna manera rompen ese molde deprimente y real de que el destino de los seres humanos es respirar y un día dejar de hacerlo” (Herralde, 2005: 87).

Como puede verse, allí está plasmada la profunda afinidad de Bolaño-lector con lo policíaco. Quisiera agregar algo. Creo que la relación de Bolaño con este tema no se agota en (con) la literatura policial. Habría que indagar con más detalle uno de los aspectos menos explorados de Bolaño y quizá uno de los más ricos: el Bolaño-espectador-de-cine. Tanto en *Los detectives salvajes* como en numerosos comentarios “autobiográficos”, Bolaño nos cuenta que en México y España pasaba días enteros dentro de un cinematógrafo, a veces repitiendo varias veces la misma película. Hay, en ese plano, ciertas pistas que nos llevarían a encontrar una fascinación de Bolaño por las películas policíacas (afición compartida por Borges y Puig). Títulos clásicos como “El delator” o “El cartero llama dos veces” y películas más recientes como “Taxi-driver” o “El pasajero” estarían en su memoria de cinéfilo empedernido. Incluso me atrevería a afirmar que películas que Bolaño no alcanzó a ver de directores como los hermanos Coen serían de su agrado.

En este orden de ideas, me interesa subrayar un poema de Bolaño titulado, “Autorretrato”, donde se evidencia la presencia del cine en Bolaño:

Nací en Chile en 1953 y viví en varias y
Distintas casas.
Después llegaron los amigos pintados por Posadas
Y la región más transparente del mundo
Pintada por un viejo y clásico pintor mexicano
Del siglo 19 cuyo nombre he conseguido
Olvidar por completo.
Entre una punta y otra sólo veo
Mi propio rostro
Que sale y entra del espejo
Repetidas veces.
Como en una película de terror-
¿sabes a lo que me refiero?
Aquellas que llamábamos de terror psicológico. (Bolaño, 2007b: 430)

Quiero retomar ahora las palabras mencionadas hace un momento por Onneti. El escritor uruguayo dice “cuentos policiales o policíacos o detectivescos”. ¿A qué

se refiere Onneti? Quiero detenerme en su comentario. No quiero pasarlo de largo. Me apoyaré en la definición del género policial de De Rosso: “El relato policial podría ser definido sobre tres ejes: una organización narrativa específica, una serie de rasgos temáticos y una construcción distintiva de la relación entre el texto y el lector [...] lo que distingue estructuralmente al policial es justamente que el relato policial organiza todas las operaciones del relato en función de la revelación de un enigma (De Rosso, 2002: 131).

Me parece necesario destacar la relación entre el texto y el lector en Bolaño. La Biblioteca de Bolaño nos muestra su relación cotidiana con los libros. Allí el género policial ocupaba un lugar tan importante como la poesía. Incursionemos en las “afinidades” de Bolaño, sobre todo con respecto al relato policial, teniendo claro que en Bolaño todo se cruza y todo es múltiple, como lo señala Vila-Matas.

En otros textos he estudiado la relación de Bolaño con autores tan heterogéneos como Pascal, Lichtenberg y Poe. Podrían escribirse muchas páginas más sobre Bolaño y Borges, Cortázar y Puig. Lo ideal sería poder escribir también sobre la relación entre Bolaño y Toole y Perec. En este caso quisiera soslayar los lazos de Bolaño con el género policial en su conjunto. Me interesa rastrearlo más en el Bolaño-lector que en el Bolaño-escritor, si bien, como lo he planteado desde el principio estas dos “entidades” son inseparables. Leamos un poema de Bolaño, que estuvo pegado mucho tiempo en uno de sus espejos, así entraremos mejor en su biblioteca:

Biblioteca de Poe.

En el fondo de un extraño corral,

Libros o pedazos de carne.

Nervios enganchados de un esqueleto

O papel impreso.

Un florero o la puerta

De las pesadillas. (Bolaño, 2007b: 82)

Dice De Rosso, que en Bolaño, el detective no es un personaje ni el autor, sino el lector. Por su parte, Borges en su texto “Sobre el relato policial” (1978) nos cuenta que: “Los géneros literarios dependen, quizá, menos de los textos que del modo en que éstos son leídos. El hecho estético requiere la conjunción del lector y sólo entonces existe. Es absurdo suponer que un volumen será mucho más que un volumen. Empieza a existir cuando un lector lo abre” (Borges, 2007, 230).

Ese lector, no es ya el lector-macho o el lector-hembra de Cortázar, sino el lector-detective. La idea es sugerida por De Rosso, “Bolaño desarrolla un nuevo tipo de lector, configurado como detective” (De Rosso, 2002, 142). Si el primer personaje-detective de la historia tenía que ser un francés, como le menciona Borges (Dupin de Poe), el primer lector-detective tenía que ser un latinoamericano y fue creado por

Bolaño (aunque habría una especie de *co-parto* con Piglia). A propósito del autor de *Respiración Artificial*, en su ensayo “Lectores imaginarios” amplía esta idea *original* de Borges: “Una de las mayores representaciones modernas de la figura del lector es la del detective privado (*private eye*) de género policial. Y no me refiero a la lectura en sentido alegórico (Sherlock Holmes lee unas huellas en el piso) sino al acto de leer palabras impresas y descifrar signos escritos un papel... Dupin es antes que nada un gran lector, un nuevo tipo de lector” (Piglia, 2005: 77).

Ahora bien, hablar de un Bolaño lector de policiales, implica por una parte, acercarse tanto a la “experiencia” lectora de Bolaño como una “máquina” de reconstrucción y deconstrucción de significados literarios, y por otra, tener en cuenta la naturaleza del Bolaño escritor, que nos recuerda De Rosso: “El problema no radica tanto en la revelación, sino más en el planteamiento de la pregunta. Como se ve, el lector que propone Bolaño es un lector que propone hipótesis para ciertos hechos oscuros en la trama cuya resolución carece de importancia” (De Rosso, 2002, 139).

La (re)escritura del policial

Este cuento es muy simple aunque hubiera podido ser muy complicado. También: es un cuento inconcluso, porque este tipo de historias no tienen un final (Bolaño, 2007, 23).

Con esta frase da inicio Bolaño a su cuento “El secreto del mal” y lo usamos a manera de epígrafe porque allí se percibe la relación paradójica de Bolaño con el género policial. Varias veces he escuchado decir que Bolaño no *es* estrictamente hablando un escritor de relatos policíacos. Se dice que sus historias, por lo general, quedan sin final. Pareciera ser una sentencia de muerte para Bolaño y para el género: si no encuentras un final (además en algún grado verosímil) no podemos clasificarte como autor de temas policíacos. Nunca he estado de acuerdo con esas afirmaciones excluyentes y creo que Bolaño es una prueba fehaciente de lo que *es* un relato policial, con todas las conjeturas y contradicciones que hacen parte del género. ¿Es indispensable encontrar(se) (en) un final para ubicarse dentro del relato policial? ¿No encontramos acaso en el creador del género, Edgar Allan Poe, innumerables casos “inconclusos” o con un final al menos ambiguo y dilatado? ¿Cuál sería, para no ir tan lejos, “el final” del cuento “Revelación mesmérica”? A mi modo de ver, es un rasgo más característico del policial, el cigarrillo que el final. Pero como lo sugiere De Rosso: “Difícilmente pueda un purista reconocer en Bolaño a un autor de novelas policiales; lo que parece reconocerse tal vez sea a un lector de novelas policiales que escribe sobre la matriz genérica produciendo un relato que puede ser leído desde el policial, pero que no satisface sus premisas básicas” (De Rosso, 2002: 135).

Estas y otras preguntas surgen siempre que se quiere defender a ultranza la pureza y los límites de un género literario y son justamente la base de la acción “desintegradora” de Bolaño con respecto a la literatura y sus clasificaciones, más o menos academicistas. Bolaño siempre fue un transgresor y un severo crítico de los “críticos literarios” e hizo suya la bandera de la “literatura por la literatura”, más allá de todo juicio estético, proveniente de cualquier esfera separada del oficio del escritor (léase psicoanálisis, marxismo, semiótica, etc.) Bolaño, aunque no fue ajeno a los debates literarios más relevantes del siglo XX (“el arte comprometido”, “el arte por el arte”, “las vanguardias”, el “boom”, etc.) no se dedicó a “pensar” cual sería su lugar en medio de las innumerables corrientes y taxonomías literarias que se hacen cada vez más inabarcables. No se reivindicó tampoco de ningún “ismo” (al menos no de forma permanente) y supo siempre reinventarse como escritor y como lector. En síntesis, Bolaño fue un asiduo lector de policiales y supo (re)escribir el género. En palabras de De Rosso: “La obra de Bolaño es un exponente privilegiado de un nuevo tipo de ficción que parece estar produciéndose en Latinoamérica. Novelas complejas, abrumadoras y al mismo tiempo banales en erudición; relatos en los que abundan los espejos y las puestas en escena” (De Rosso, 2002, 140).

Cuando observamos la casa dónde vivió Bolaño sus últimos años en el pueblito de Blanes, cerca de Barcelona, y nos detenemos en el espejo que estaba en su estudio, gracias al documental de Haasnoot, observamos un *Bolaño cercano, demasiado cercano* que deambula por la intertextualidad. Un escritor que no conoce géneros, sino que más bien reconoce posibilidades de (re)escritura permanente, dentro y fuera de las “estructuras” literarias. No fue Bolaño un “escapista” o un apologista de la “evasión” (salvo que hablemos de la película de Borges y Bioy Casares). Fue Bolaño alguien que supo que:

Según Alain Resnais
Hacia el final de su vida
Lovecraft fue vigilante nocturno
De un cine en Providence.
Pálido, sosteniendo un cigarrillo
Entre los labios, con un metro
Setenta y cinco de estatura
Leo esto en la noche del camping
Estrella del mar. (Bolaño, 2007)

México mon amour, pudo llamarse una película de Bolaño. De hecho el “boom” Bolaño ya empieza a crecer en las tablas y los Plateau. En Barcelona, el teatro Lliure estrenó en la temporada 2007-2008 una adaptación de la novela *2666* y se anunció hace un tiempo la filmación de la película inspirada en *Los detectives salvajes*. Sin

poder juzgar estas obras, creo que conviene tener en cuenta la recomendación de Logie, en su estudio sobre el relato de Bolaño, “El policía de las ratas”:

El relato de Bolaño descansa en la estructura policíaca, pero la supera al tematizar como objeto de la indagación no un bien robado o una persona secuestrada, sino las desapariciones políticas, cuestionando de este modo la legitimidad del método detectivesco. Se crea así una confrontación de paradigmas interpretativos entre la terrible verdad posdictatorial y el género policíaco como discurso explicativo sobre esa realidad inenarrable, un discurso de origen moderno en el que la voz de la razón ordena lo informe (Logie, 2008: 6).

Bolaño-escritor nunca olvidó que siempre había sido, para retomar la idea de De Rosso, un “lector paranoico”. La (re)escritura de Bolaño atraviesa con frecuencia terrenos ya explorados por los autores clásicos del género, pero transforma profundamente la situación, el momento si se quiere, del lector. ¿Cómo leer a Bolaño?, después de todo, puede que no sea una pregunta inútil. Así, quedémonos con la definición del tipo de lector que espera Bolaño, según De Rosso: “Un lector paranoico que funciona en todo relato policial, un lector que, en líneas generales, intenta ser tanto o más inteligente que el detective y saber cuál es la línea de razonamiento que el protagonismo está llevando a cabo” (De Rosso, 2002, 134).

Conclusiones

No soy un fulano/ con la lágrima fácil/ de esos que se quejan sólo por vicio./ Si la vida se deja yo le meto mano/ y si no aún me excita mi oficio, y como además sale gratis soñar/ y no creo en la reencarnación,/ con un poco de imaginación/ partiré de viaje enseguida/ a vivir otras vidas, /a probarme otros nombres,/ a colarme en el traje y la piel/ de todos los hombres/ que nunca seré... (Sabina, La del pirata cojo).

Quizá si Joaquín Sabina, alter-ego de Bolaño, hiciera una segunda parte de esta canción podría empezar cantando (sobre Bolaño): “vigilante en un camping/ sedentario en Blanes/ nómada en el DF/ mexicano perdido en México/ policía de las ratas/ exitoso ya póstumo/...”. Aunque con estos versos de Sabina ya está más que retratado Bolaño: “detective en apuros”. Bolaño es uno de los escritores que mejor se siente en el “extraño mundo” de la intertextualidad. Tal como lo sostiene Cecilia Manzoni:

Además de apelar a una proliferante intertextualidad con la literatura universal que no se había recuperado en la literatura Latinoamérica desde *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante, se desliza con comodidad a la incorporación desprejuiciada de códigos no literarios: los de la música, las artes plásticas, el cine, aún en

sus variantes menos ortodoxas, o mejor en sus variantes menos ortodoxas: el gore, la snuff movie, la pornografía, ; la velocidad del video clip, el enigma del video game, la inocencia de la historieta que, como sabemos, se ha vuelto arma terrible en las diversas operaciones que realizar Art Spiegelman, en *Maus*, por ejemplo. (Manzoni, 2002: 42)

En conclusión, lo mejor, ~~peor~~, del género policial según Bolaño-lector-autor, es la posibilidad casi ilimitada de reescribir las relaciones entre el escritor, su obra y el lector. Al convertir al lector en un detective, Bolaño se ha atrevido a desafiar la estructura habitual de un policial. Después de Bolaño, y no podemos leer el policial con los mismos ojos (el “private eye” a los que se refiere Piglia). En otras palabras, Bolaño ha desarrollado una lógica alternativa del relato que implica para el lector una exigencia mayor. Según De Rosso: “Fuera ya del policial, su máquina hermenéutica persigue una sola cuestión, aquella que se pregunta constantemente por la causalidad de la narración, por la posibilidad de que *todo* lo que se cuenta sea producto de una lógica, oculta y sin embargo central para los sentidos del relato” (De Rosso, 2002, 143).

Este texto debió llamarse, parafraseando algunos relatos: “Consejos de un discípulo (o último lector) de Piglia, para un fanático (artificial y/o salvaje) de Bolaño”. Nosotros, al igual que la Biblioteca de Lautaro, el hijo de Bolaño, deberemos prepararnos para “resistir otras lluvias y otros calores infernales”¹, sabiendo que compartimos con Bolaño su fe indeclinable en la literatura y en la (re)escritura.

Bibliografía

- Bejarano, Alberto, 2008, *Los 68 y sus amuletos*, Bogotá, *Revista Número*, 58.
- Bolaño, Roberto, 2007a, *El secreto del mal*, Barcelona: Anagrama.
- Bolaño, Roberto, 2007b, *La universidad desconocida*, Barcelona: Anagrama.
- Borges, Jorge Luis, 2007, *Obras completas*, Buenos Aires: Emecé.
- Haasnoot, Erik, *Bolaño cercano* (documental), 2008.
- Herralde, Jorge, 2005, *Para Roberto Bolaño*, México: Sexto Piso.
- Logie, Ilse, “Roberto Bolaño y el mal: análisis de ‘El policía de las ratas’”, en *Lieux et figures de la barbarie*, CECILLE – EA 4074, Université Lille 3, 2006-2008, pp. 1-10.

1 En palabras de Bolaño: “Biblioteca. Libros que compro entre las extrañas lluvias. El calor de 1992. Y que he leído o que nunca leeré. Libros para que lea mi hijo. La biblioteca de Lautaro que deberá resistir otras lluvias y otros calores infernales. Así pues, la consigna es ésta: resistir queridos libros, atravesar los días como los caballeros medievales y cuidar a mi hijo en los años venideros” (Haasnoot, 2008).

Manzoni, Cecilia (ed.), 2002, *Roberto Bolaño la escritura como tauromaquia*, Buenos Aires: Corregidor.

Onetti, Juan Carlos, 1995, *Confesiones de un lector*, Buenos Aires: Alfaguara.

Paz Soldán, Edmundo (ed.), 2008, *Bolaño salvaje*, Barcelona: Candaya.

Piglia, Ricardo, 2005, *El último lector*, Barcelona: Anagrama.

Trelles, Diego, *Novela policial alternativa hispanoamericana (1960-2005)*, en *Revista Aisthesis* # 40, (2006): 79-91, Universidad Católica de Chile.